

Carmen Conde y su experiencia melillense (1914-1920). Una propuesta literaria para trabajar la interculturalidad en el aula de Lengua Castellana y Literatura de ESO y Bachillerato

Carmen Conde and her experience in Melilla (1914-1920). A literary proposal to work on interculturality in the classroom of Spanish Language and Literature in ESO and Bachillerato

YASMINA ROMERO MORALES

Universitat de Lleida

yasmina.romero@udl.cat

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0255-5782>

Recibido: 04.01.2022. Aceptado: 30.05.2022.

Cómo citar: Romero Morales, Yasmina (2022). “Carmen Conde y su experiencia melillense (1914-1920). Una propuesta literaria para trabajar la interculturalidad en el aula de Lengua Castellana y Literatura de ESO y Bachillerato”, *Ogigia. Revista electrónica de estudios hispánicos*, 30: 133-154.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ogigia.31.2022.133-154>

Resumen: Este trabajo está dividido en dos partes. En la primera, nos detendremos en las memorias de Carmen Conde *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920* (1955). En esta obra la escritora rememora los cinco años que vivió en la ciudad de Melilla, de los 7 a los 12, un tiempo decisivo en su formación humana e intelectual. Durante aquellos años en Melilla se establecieron las bases y las directrices de lo que sería su carácter, determinadas a partir de la influencia que ejerció en ella su entorno, en un momento tan transcendental en la vida de cualquiera como es el de la infancia. De hecho, la autora consideró que fue en Melilla donde, precisamente, despertó su vocación de escritora. En la segunda parte de este trabajo, proponemos el uso de estas memorias de Carmen Conde en el aula de Lengua Castellana y Literatura de ESO y Bachillerato para potenciar en el alumnado el desarrollo de una aptitud y una actitud descentralizadas respecto al etnocentrismo.

Palabras clave: Carmen Conde; Melilla; Narrativa española sobre África; Interculturalidad, Didáctica de la literatura.

Abstract: This work is divided into two parts. In the first, we will focus on Carmen Conde's memoirs *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920* (1955). In this work, the writer recalls the five years she lived in the city of Melilla, from the age of 7 to 12, a decisive time in her human and intellectual formation. During those years in Melilla, the bases and principles of

what was to become her character were established, determined by the influence exerted on her by her environment, at such a transcendental time in anyone's life as childhood. In fact, the author considered that it was precisely in Melilla where her vocation as a writer was awakened. In the second part of this work, we propose the use of these memoirs by Carmen Conde in the Spanish Language and Literature classroom in ESO and Bachillerato to encourage students to develop a decentralised aptitude and attitude towards ethnocentrism.

Keywords: Carmen Conde; Melilla; Spanish narrative about Africa; Interculturality, Didactics of literature.

¡Ah, Melilla: país de una infancia que no se evapora!

Carmen Conde, *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920* (1955)

INTRODUCCIÓN. CARMEN CONDE, UNA ESCRITORA DE LA GENERACIÓN DEL 27

Sabemos que con el nombre de generación del 27 se hace referencia a una serie de escritores, la mayoría poetas, que se dio a conocer en torno a 1927 con motivo del homenaje de Luis de Góngora organizado por el Ateneo de Sevilla. Una generación que, cercenada por la Guerra Civil, coincide en el tiempo con la llamada Edad de Plata de la cultura española, uno de sus períodos más florecientes y vanguardistas (Mainer, 1983). La fotografía “de familia” más famosa de este evento en el Ateneo, y que constituye un acto de legitimación de este grupo poético, retrata a diez varones: Rafael Alberti, Federico García Lorca, Juan Chabás, Mauricio Bacaris, José María Romero, Manuel Blasco Garzón, Jorge Guillén, José Bergamín, Dámaso Alonso y Gerardo Diego. Se infiere, así, que la literatura y el arte de principios del siglo XX era “cosa de hombres”. Sin embargo, hubo también mujeres que formaban parte del mismo grupo y que compartían, con ellos, un mismo espacio de creación. Fueron escritoras, artistas, filósofas, dramaturgas y pensadoras. Una de ellas: Carmen Conde¹.

¹ Muchas veces se la ha considerado demasiado joven para pertenecer a la generación del 27, de ahí que se la haya vinculado también a la generación del 36. La propia autora se consideraba de la generación de 1930: “Ya, a partir del 30 sí. Yo estaba más cuajada y creo así. Tanto que hay un poema mío que se publicó en Santa Cruz de Tenerife, en una

A estas mujeres de la generación del 27 se las conoce por muchos nombres, entre ellos las “modernas”², pero el apelativo más conocido se debe a la iniciativa de la cineasta Tània Balló que denominó, a este grupo de mujeres geniales, *Las sinsombrero*³. Al margen de la polémica que ha suscitado el término *sinsombrero*⁴, se debe admitir que como estrategia comercial el documental de Balló ha funcionado y ahora se las conoce, o reconoce, más que antes. Durante la guerra civil española, de una u otra manera, los nombres de muchos escritores y escritoras fueron silenciados, aunque algunos seguían escribiendo y publicando —sobre todo en publicaciones periódicas—, pero habrían tenido mayor repercusión y difusión de haber estado en un contexto democrático. Tras la dictadura y durante la Transición, sin embargo, solo se recuperaron muchos de los nombres masculinos. Ellas siguieron sepultadas en el olvido, no tenidas en cuenta en innumerables antologías, expulsadas de los estudios, privadas de su propia genealogía como mujeres artistas y negadas como parte del grupo del 27, por lo que no han conseguido el mismo reconocimiento que el de sus compañeros.

Con todo, Carmen Conde no fue una *sinsombrero* de las pioneras. Ella no estaba entre aquellas que se negaron a llevar la cabeza cubierta al pasar, con Maruja Mallo y Margarita Manso, por la madrileña Puerta del Sol a mediados de los años 20⁵. Tampoco se agrupó, al menos de manera

revista preciosa que se llamaba Gaceta de arte y, ahí, daban también el título 1930 a mi poema” (Citado por Gutiérrez-Vega y Gazarian-Gautier, 1992: 102).

² Véase el estudio Mangini, Shirley (2001): Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de vanguardia. Barcelona: Península.

³ La lista de los nombres femeninos de la generación del 27 es larga e imposible de cuantificar. Algunas de ellas: Ángeles Santos, Carlota O'Neill, Concha Méndez, Consuelo Berbes, Elena Fortun, Ernestina de Champourcín, Josefina de la Torre, Marga Gil Roësset, María Blanchard, María Teresa León, Margarita Manso, María Zambrano, Maruja Mallo, Lucía Sánchez Saornil, Remedios Varo, Rosario de Velasco, Rosa Chacel, Rosa García Ascot o Zenobia Camprubí.

⁴ Se ha considerado que denominarlas *sinsombrero* y no escritoras de la generación del 27 conlleva trasladarlas a un grupo aparte, diferente y, por supuesto, menor. Asegura Barastegui, “¿No será esta forma de llamarlas otra fórmula para seguir ninguneándolas, seguir relegándolas, decirnos de otra manera que no existieron, que no estuvieron, que no escribieron, que no pensaron, que no lucharon? [...] ¿Es que van a ser ninguneadas dos veces en la historia? Porque si se las llama «Las Sin Sombrero» ya no serán las mujeres de la Generación del 27” (2020).

⁵ Maruja Mallo ha contado en muchas ocasiones esta anécdota. Las dos, ella misma y Margarita Manso, paseaban por la Puerta del Sol con García Lorca y Dalí cuando decidieron quitarse el sombrero ante el estupor de los transeúntes. Llevar sombrero era

regular, en torno al Lyceum Club Femenino, lugar referente para el protagonismo de las mujeres en la conquista de sus derechos civiles y políticos. Carmen Conde vivía en Cartagena por aquel entonces, en el levante español, ajena presencialmente a los devenires colectivos de la intelectualidad femenina de la capital⁶. Lo que sí comparte Carmen Conde con estas pioneras de la generación del 27, además del talento, la creatividad y la conciencia política, es la búsqueda de autonomía e independencia. Deudoras todas ellas de la incorporación al mundo laboral y político que habían conquistado las mujeres de la generación del 14 —Clara Campoamor, Victoria Kent o Carmen de Burgos, entre otras— esta generación reclamó otro derecho: la incorporación al escenario artístico y cultural.

Carmen Conde es conocida por ser la primera mujer académica. Ingresó en la RAE en 1979, nada menos que 266 años después de su apertura. Es este hito de su trayectoria —por supuesto destacado— por el que más se la recuerda. También porque fue de las primeras mujeres en recibir el Premio Nacional de Literatura en 1967. Sin embargo, no deberían ser estas, en ningún caso, las razones principales para acercarse a conocer la figura de Carmen Conde. Sí, por el contrario, su obra extensa, compuesta por más de setenta libros de todos los géneros: narrativa, teatro y hasta literatura infantil.

En esta ocasión nos centramos en *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920*, obra publicada en Tetuán en 1955. Al igual que muchas otras mujeres de la generación del 27, Carmen Conde recurre a las memorias y a las autobiografías⁷. En *Empezando la vida*, la

una manifestación de diferencia social y de estatus. Varias personas empezaron a gritarles, insultarles y hasta apedreárlas. Desde entonces, se ha entendido que ir sin sombrero es un símbolo de modernidad y de transgresión (Balló, 2016: 17).

⁶ Aunque no compartió con ellas espacio físico, la relación entre la mayoría de ellas fue muy estrecha. Famosas son las cartas de Carmen Conde con Ernestina de Champourcin, por poner un ejemplo, una correspondencia viva y constante que duró varias décadas. Véase la excelente edición de Fernández Urtasun (2007).

⁷ Por ejemplo, María Zambrano con *Delirio y destino* (1953), Concha Méndez con *Memorias habladas, memorias armadas* (2018), Ernestina de Champourcin con *La ardilla y la rosa* (1981) o María Teresa de León con *Memorias de la melancolía* (1970). Interesante en este sentido es un volumen de reciente publicación, *El saber biográfico. Reflexiones de taller* (2021), de Anna Caballé que, galardonado por el Premio Jovellanos de Ensayo, hace un recorrido por este género demostrando, entre otras cosas, que la autobiografía ha sido un género escogido en mayor medida por los hombres. Fundamental en este sentido son ciertos elementos como la autoestima de la que, tradicionalmente, han

escritora rememora los cinco años que vivió en la ciudad de Melilla, de los 7 a los 12, “una infancia densísima, luminosa, ávida, que ha llenado tu vida” dice la propia autora en el prólogo que se dirige a sí misma (1955: XIII). Y es que fueron años decisivos en su formación humana e intelectual, porque durante aquellos años en Melilla se establecieron las bases y las directrices de lo que sería su carácter, determinadas a partir de la influencia que ejerció en ella su entorno, en un momento tan transcendental en la vida de cualquiera como es la infancia. Afirma Gabriela Mistral que “una infancia vasta o enteca es la que nos vuelve ricos o pobres para toda la vida” (1979: 51). Así que pensamos que, con toda seguridad, los muchos vínculos afectivos y emocionales que generó Carmen Conde en Melilla la enriquecieron. Por supuesto no solo por aquellas personas que conoció durante esos años, sino también por el espacio y el ambiente de la ciudad. Fue, por tanto, una estancia que marcó su vida —“mi niñez era un proyecto que se iba realizando en la que sería yo más tarde” le confesó a Gutiérrez-Vega y Gazarian-Gautier (1992: 108)— y que nutrirá su producción de reminiscencias africanas, muchas veces sutiles, que aparecerán a lo largo de toda su obra literaria. De hecho, la autora consideró que fue en Melilla donde, precisamente, despertó su vocación de escritora (Conde, 1992: 16). Por último, y como valor añadido de *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920*, hay que tener en cuenta que hay pocos testimonios escritos en primera persona sobre Melilla, por lo que las memorias de Carmen Conde suponen un tesoro no solo literario sino documental.

Este trabajo está dividido en dos partes. En la primera, nos detendremos en la experiencia literaria en Melilla de la Carmen Conde niña para, posteriormente, rastrear parte de la influencia de esa vivencia en la vida de la Carmen Conde adulta. Por supuesto, no pretende ser este un acercamiento exhaustivo a su biografía de la que, sabemos, queda muchísimo por descubrir en los legados afortunadamente conservados por el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver del Ayuntamiento de Cartagena. Lo que pretenden estas páginas, y se dedicará a ello la segunda parte de este trabajo, es proponer el uso de estas memorias de Carmen Conde en el aula de Lengua Castellana y Literatura para potenciar en el alumnado de Educación Secundaria y de Bachillerato el desarrollo de una

carecido las mujeres, para adentrarse en este tipo de literatura. A partir de las escritoras románticas, cuando se empieza a tener conciencia de identidad, las mujeres son más asiduas a este género en el que se terminan de asentar y afianzar a partir del franquismo.

aptitud y una actitud descentralizadas respecto al etnocentrismo. Un argumento que demuestra, una vez más, la utilidad práctica que tiene la literatura frente a la consideración habitual que la condena a la teoricidad, esto es, sin una relación directa con la rentabilidad y con la competitividad del mercado global por la que apuestan casi todas las naciones del mundo⁸.

1. LA CIUDAD DE MELILLA EN LA INFANCIA DE CARMEN CONDE ABELLÁN

Escribir sobre Melilla, ya hemos señalado, ha sido muy poco frecuente. No obstante, entre las pocas incursiones literarias halladas, son importantes las de firma femenina⁹. Sobre Melilla escribió Carmen de Burgos (1867-1932) cuando la destinaron como corresponsal del *Heraldo de Madrid* en 1909 para cubrir las guerras con Marruecos. También en, y de, Melilla, escribió Consuelo González Ramos (1877-1956), más conocida por los seudónimos Celsia Regis o Doñeva Campos, enfermera voluntaria por las mismas habituales guerras de España con Marruecos. Aurelia Gutiérrez-Cueto Blanchard (1877-1936) escribió sobre Melilla, sobre todo en la prensa y para denunciar la situación de las escuelas melillenses. Ella las conocía bien. Había llegado a Melilla en 1925 para ejercer de pedagoga en la Escuela General y Técnica. Hay más escritoras que han inmortalizado Melilla en sus textos. Recordemos a una más, Carlota O'Neill de Lamo (1905-2000), que llegó a Melilla en 1936 y fue testigo de excepción del levantamiento militar contra la República. La detuvieron y estuvo casi cinco años en la prisión de Victoria Grande, como tantas otras mujeres víctimas de la represión fascista. Escribiría un libro sobre ello: *Una mujer en la guerra de España* (1964).

Junto a Carmen de Burgos, Consuelo González Ramos o Carlota O'Neill, encontramos a Carmen Conde Abellán como parte de esta tradición literaria femenina que ha escrito sobre Melilla. Publicó por primera vez *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920* en Tetuán en 1955, aunque con anterioridad había publicado

⁸ Véase el excelente ensayo de Martha Nussbaum (2010) sobre la importante función que desempeñan las artes y las humanidades en la historia de la democracia y la crisis silenciosa que las está desechariendo en favor de capacidades utilitarias y prácticas que generan renta.

⁹ Interesante a este respecto es el trabajo de Sánchez Suárez (2004).

algunas partes de esta obra en la revista *Manantial*¹⁰. Faltaba un año para que Marruecos se independizara del que fuera Protectorado español y francés. Sin embargo, Melilla no pertenecía a Marruecos en ese momento, era plaza de soberanía española desde 1497¹¹. Hay, por consiguiente, un error histórico-político en el título de Conde. Incurrió en él más veces a lo largo de su vida, como en sus memorias de 1986, *Por el camino, viendo sus orillas*, donde asegura que, cuando era niña, “la llevaron a Marruecos” (Conde, 1986a: 24) y no a Melilla. De ahí que, en 1991, y porque la edición de 1955 estaba agotada, se reeditara la obra por la UNED de Melilla con nuevo título: *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Melilla 1914-1920*. Este segundo título sí que está acorde con la propuesta literaria de Carmen Conde, dado que en esta obra la autora no visita zona alguna fuera de la ciudad de Melilla.

¿Y por qué vivió Carmen Conde cinco años en Melilla en los albores del siglo XX? Para responder a esta pregunta, debemos retrotraernos a la infancia acomodada que vivió en su Cartagena natal, Murcia. La familia Conde-Abellán tenía servicio doméstico, una galera con cochero y hasta una jaca negra para pasear. Pero en 1914, de un día para otro, quebraron los negocios familiares y lo perdieron absolutamente todo. Don Luis Conde Parreño, su padre, decide probar suerte en Barcelona. Se marcha solo, dejando atrás a su mujer, doña M^a Paz Abellán, y a su hija de seis años, Carmen Conde, a quien Carmela. No tuvo suerte en la ciudad condal donde, además de manifestaciones obreras reclamando más puestos de trabajo, se encontró con una gravísima epidemia de tifus que se cobró más de dos mil vidas y que hizo que decidiera marcharse de Barcelona. Puso las miras entonces en África.

Don Luis Conde recaló en Melilla, como tantos otros peninsulares, muchos de ellos militares, que vivían allí. Encontró trabajo pronto, aunque por debajo de su cualificación, en una famosa confitería de la calle Chacel, La Campana, llevada por un matrimonio también peninsular. A los tres meses de llegar, y aunque no le fuera demasiado bien, reclamó a su mujer y a su hija. Trabajaba mucho en un negocio que no era suyo y recibía un salario ajustado.

¹⁰ La revista *Manantial* fundada por Jacinto López Gorgé y dirigida por este y Pío Gómez Nisa, tuvo una vida muy corta, de 1946 a 1951, apenas seis números.

¹¹ Si bien, y por su magrebadía, se la podría considerar un “espacio frontera” (Anzaldúa, 1987), una “zona de contacto” (Pratt, 1992) o un “tercer espacio” (Bhabha, 1994). Lugares de intercambio mutuo entre culturas donde coexisten en el tiempo sujetos alejados geográficamente y cuyas trayectorias confluyen gracias al espacio compartido.

Si recurrimos a las tres partes clásicas del viaje de las que hablara Eric J. Leed, empieza aquí la primera de ellas: la salida, momento en el que el viajero se aleja de sus referentes culturales (1991). Carmen Conde y su madre parten de Cartagena en el vapor-correo Villarreal, un barco “viejo y malo” (Conde, 1955: 29) que no soportó la dureza del envite del mar. De ahí que en Almería cambiaron de buque, al J. J. Sister. Comenzó entonces la segunda parte de su viaje, el traslado, una parte delicada, a medio camino entre esa pérdida de referentes y el encuentro con lo desconocido. Los barcos pasan a ser desde ese momento importantes en la vida de Carmen, constituyen el vínculo con la Península, con la familia y con los amigos que quedaron en la otra orilla del Estrecho. Asegura la escritora que tanto su infancia como su adolescencia tuvieron ante sí “una inmensa ventana donde seguían inscribiéndose los barcos” (Conde, 1955: 30). Llega a aprenderse, fascinada, sus nombres: Villarreal, J. J. Sister, Ausias March, Monte Toro, Castilla... Ya que así era como se lograba llegar a la costa africana y desembarcar en el muelle melillense de Villanueva. Inevitable fue que también los muelles se volvieran importantes: “el muelle era sagrado porque desde él se decía adiós a los que volvían a España; se recibía a los que venían de España” (Conde, 1955: 30).

Acontece así la última y tercera parte del viaje de la que hablara Leed, la llegada, y, por fin, el encuentro con lo extraño. Carmen Conde y su madre llegan a Melilla en febrero de 1915: “una mañana radiante amanecimos en África...” (Conde, 1955: 29). Sin embargo, la autora afirma en sus memorias, repetidamente, que aquel trayecto a Melilla se produjo en febrero de 1914. Es su propia madre quien la contradice en un documento de su puño y letra. Asegura doña M^a Paz Abellán que la niña había cumplido los siete años cuando se trasladaron a Melilla (citado por Ferris, 2007: 60). Su madre está en lo cierto, dado que su padre había huido de la fiebre tifoidea que asoló Barcelona en otoño de 1914.

Una vez en la Melilla de 1915 sus padres la matricularon, en un primer momento, en un colegio público y laico, para que no supusiera gasto añadido a la vida austera a la que la familia estaba obligada. Fue la Escuela Nacional del Polígono. Allí acudían aproximadamente trescientas niñas de todas las nacionalidades y de todas las condiciones (Conde, 1955: 63). Asegura Carmen Conde ya adulta, que aquella etapa de su vida fue muy feliz, que en su familia no había “prejuicios de raza” y que le gustaba convivir con “niñas moras [y] niñas hebreas” (citado por Gutiérrez-Vega y Gazarian-Gautier, 1992: 16). Probablemente este hecho fue el que más influyó en Carmen en su edad adulta. Su encuentro con niñas de otras

culturas, ya tuviera más de imaginario que de empírico, apareció para siempre como un elemento nuclear de su narrativa¹². Así, a través de alegorías, metáforas y lazos humanos embellecidos poéticamente, Carmen nos relata la amistad que trajo con la marroquí Freja. Con ella intercambia sus libros por “medallitas con palabras árabes que exaltaban la gracia de Dios” (Conde, 1955: 41), un Dios que no consideraba diferente del suyo propio. También con Masanto, una hebrea que le enseñó a sacar agua de un pozo, a machacar en un mortero y que le regalaba riquísimas galletas caladas, redondas e inolvidables (Conde, 1955: 49). De seguro fue un aprendizaje que benefició de modo extraordinario a Carmen Conde dado que, a la férrea educación católica de su madre y a la de su colegio de monjas de Cartagena, venían a sumarse ahora competencias nuevas para ella como la tolerancia, la empatía y el respeto a la diversidad.

Ahora bien, la vida de Carmen Conde durante los primeros años en Melilla no tuvo las comodidades de su Cartagena natal. La lucha contra la adversidad, tanto de su padre como de su madre, no logró que su cotidianidad dejara de ser austera. Los días, a diferencia de cuando vivía en la Península, transcurrían sin caprichos, apenas algunos dulces que su padre arañaba de la confitería donde trabajaba (Conde, 1955: 64-65). Solo dos años después de llegar a Melilla, la economía familiar empieza a desahogarse. Su padre cambia de trabajo y pasa de empleado en la confitería a invertir sus escasos ahorros, así como alguna ayuda recabada de su entorno, en un negocio propio: un taller de joyería. Se mudan de domicilio hasta en tres ocasiones y cambian a la niña de colegio. La pequeña Carmela pasa de la Escuela Nacional del Polígono al Colegio Inglés de Mrs. Thomson, un centro privado y elitista donde acudían las hijas de las familias más distinguidas de la ciudad de Melilla. A diferencia del colegio anterior, allí no había tanta diversidad cultural: la mayoría de sus compañeras de clase eran europeas que vivían en África por necesidades laborales de sus padres.

¹² Es especialmente difícil hacer una separación tajante entre realidad y ficción en *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920*. Primero, porque la autora lleva a cabo en la obra una labor de selección y nos cuenta aquellas partes que desea sobre su experiencia melillense, unas y no otras; segundo, por la distancia temporal entre su estancia en Melilla y la publicación de la obra, veinticinco años, que hace que el relato acuda al recuerdo, a la memoria y a su inevitable inestabilidad; y, tercero, porque también ella misma se transforma en personaje, al mismo tiempo que es narradora.

Continúa la infancia de Carmen Conde en Melilla. El 30 de mayo de 1916 toma la Primera Comunión, hay constancia gráfica de ese día conservada en el Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver del Ayuntamiento de Cartagena. Afirma la escritora que tenía “ocho años cumplidos y una fantasía que abarcaba siglos” (Conde, 1955: 51). Ciertamente, todo lo vivía de manera plena, “el interés que las cosas tenían entonces para mí, no he vuelto a recobrarlo. ¿Cómo sería posible vivir con semejante afán tan escasos años de la vida?” (Conde, 1955: 71). Se comprueba la curiosidad de su mirada y la minuciosidad de su recuerdo en esta descripción del antiguo mercado municipal, el Mantelete. Nada diferente a un zoco:

Los géneros en venta, que sobresalían de mostradores y anaqueles: telas bordadas y con estampados ligeros; babuchas de terciopelo con flores de orillo; bolsos de todos los tamaños de piel repujada; carteras, lienzos, camisas basta de hombres, y otras finísimas y bordadas. Azúcar en pilones, paquetes de té verde con caracteres árabes y dorados sobre fondo verde también; especias de todas clases cuyo excitante perfume revuelto, mareaba... (Conde, 1955: 72)

El día que Carmen Conde fue al Mantelete quedó también inmortalizado, al igual que su comunión. Su madre la llevó a hacerse un retrato “vestida de mora” (Conde, 1955: 73) en un estudio semiprofesional. La idea del fotógrafo de tenderla en un sofá sobre cojines con su madre al lado, a su derecha y de pie, dio lugar a una imagen cuando menos curiosa.

Aquella hermosa y robusta mujer en la plenitud de su juventud que era mi madre, muy sonriente y erguida, en traje de calle, junto a una insignificante criatura disfrazada de mora rica que miraba al fotógrafo con aire solemne desde el fondo de un ensueño [...] Aquel retrato fue enviado a la familia, con abundancia. Solo el primo cariñoso se atrevió a pensar: ¿Por qué no la habrán dejado sola y sería más visible? ¡Su madre se la traga! (Conde, 1955: 73).

Carmen Conde se abre a la lectura en Melilla, acude con asiduidad a la librería de los hermanos Boix en la calle Chacel. Allí lee el TBO, las aventuras de Raffles, de Nick Carter, de Sherlock Holmes... (Conde, 1986a: 24). Vendrán más lecturas que la marcarán, como la *Biblia* o *Las mil y una noches*. “Lecturas, lecturas... De todas clases ya. Novelas, teatro,

cuentos, revistas” (Conde, 1986a: 27). Tantas lecturas que, a causa de ellas, cuando regresó a Cartagena, ya no era una niña (1986a: 27).

Además de las lecturas, la escritora también recuerda los miedos, aquellos primeros miedos de niña que la hacían acabar sus rezos diarios con “¡Señor: que no se queme mi casa, que no se la lleve el viento, y que no se salga el mar!” (Conde, 1955: 38). Y es que esos eran sus mayores miedos, el fuego, el viento y el mar:

¡El Fuego!... Dos incendios en mi casa y uno en la calle cercana, en un almacén de petróleo. ¡El Aire!... Ese viento copudo, bravucón, que empuja salvajemente cuanto ve a su paso; viento del desierto, arenoso y ensordecedor. ¡El Mar!... El mar de allí, bramando día y noche en amenaza de alzarse sobre sí y saltar por las calles y casas para llevarse a sus cuevas las vidas temblorosas de los niños... (Conde, 1955: 73)

A pesar de que la situación familiar había mejorado y de que, tanto Carmen como sus padres, estaban del todo integrados en la vida melillense, unas fiebres palúdicas que le diagnostican al padre hacen que decidan regresar a la Península. Así se lo aconsejó el médico de la familia, por lo que sin remedio se despidieron de Melilla el 31 de marzo de 1920, esta vez en el vapor Castilla. Carmen Conde tenía doce años.

¡Pues quiero volver!

Quiero volver a pisar el suelo de mi estatura primera. Beber agua de pozo, salada y gorda; comer patatitas que se mondan con los dedos, suavemente; asomarme al Torreón de las Cabras, ir a Cabrerizas (¡no sé a qué!), visitar el cementerio, “mis” calles y “mis” casas. Mirar de lejos a los que vivan aún y sean de entonces. Silenciosa, desconocida, ausente de lo que es, y con el corazón estremecido por lo que pasó y que, es más, mucho más de esta ligera enunciación anecdótica, que me haces. En el muelle estará, lo sé, esperándome, como en 1914, el hombre que me llamó desde la vida y al que no veo ahora.

¡Melilla, ciudad mía, amada ausencia mía, aunque no seas tú, te quiero!
¡Te buscaré, te querré, te contaré, y otra vez nuestras voces se juntarán para lo que Dios mande! (Conde, 1955: XIII).

2. LA CIUDAD DE MELILLA EN LA VIDA DE CARMEN CONDE ABELLÁN

Carmen Conde fue siempre una enamorada del norte de África, incluso antes de haberlo pisado por primera vez siendo una niña. La autora

recuerda cómo su madre lloraba cuando su padre se marchó a Melilla y que ella, que por entonces estaba estudiando sobre la presencia árabe en la Península y su huella imborrable en la idiosincrasia española, se alegró en silencio de saber que ella también iría a África y conocería a muchos árabes. Consoló así a su madre: “¡Si son buenos los árabes y los hebreos! Ya verás cuando nos vayamos con él; yo estoy muy contenta” (1955: 29). “Quiero verla entera, madre” decía, hablando de África (1955: 60).

Es de suponer, incluso, que de haber vivido más tiempo en África habría aprendido árabe o hebreo. Ya de niña lograba decir lo suficiente como para comunicarse en la calle en árabe dialectal marroquí (Conde, 1955: 44); un interés que continuó en su edad adulta, cuando, por ejemplo, se cuestionaba la “invencible duda ortográfica” al intentar plasmar en el papel algún nombre propio de los que recordaba de su infancia melillense (Conde, 1955: 46); y hasta aprendió a decir palabras en hebreo, y a contar, de la mano de su amiga Masanto (Conde, 1955: 49).

En *Empezando la vida*, Carmen Conde no hace ningún tipo de contextualización política, ni hay una crítica explícita a la situación de Melilla o del Protectorado español en Marruecos de aquel momento, si bien la escritora conocía el *statu quo*: “España era [la] fuerte, mandaba” (Conde, 1955: 61). Sin embargo, esto no significa que fuera simpatizante de las acciones colonizadoras españolas en África. Lo revela, por ejemplo, el relato de la niña rifeña en sus memorias, aquella que ella observaba desde su ventana cuando acudía durante la hora de la siesta a vender palmitos por las calles melillenses. La describe de manera detallada, más o menos de su edad y con la única diferencia de la suciedad y los tatuajes azules de una, la rifeña, frente a la limpieza y la pulcritud de la otra, Carmela. Narra nuestra escritora que, a veces, salía la vecina de abajo y echaba de allí a la niña de los palmitos con malos modos. La cría se iba, por supuesto “rota, despeinada, con palmitos” (Conde, 1955: 61), pero asegura la escritora que lo hacía de forma desdeñosa, “sintiéndose despojada de su tierra, de su propiedad, de su reino” (Conde, 1955: 60).

La niña que también era Carmen entonces, Carmela, la seguía con la mirada “pensando en darle en todo mi pan sin nada a cambio...” (Conde, 1955: 61). Le pregunta entonces a su madre:

—¿Por qué la echan?

—Porque son muy vivas y a lo mejor se llevan algo que les guste.

—Pero ¿no es suya esta tierra?

(De la propiedad continental mi familia tenía muy vagas referencias)

—¿No los echaron de la Península los Reyes Católicos? ¿A dónde se van a ir si los echan ahora de aquí también?

[...]

—Es muy grande África, niña. (1955: 60)

Tras su regreso a España, ya Carmen adulta, la invitaron en repetidas ocasiones a Melilla por considerarla una de las escritoras más importantes que haya escrito jamás sobre la ciudad (Soler, 2011). Viaja el 30 de febrero de 1965. La invita Miguel Fernández, por aquel entonces un joven poeta melillense, y Carmen acepta. La escritora siempre había recordado Melilla y esperaba volver “a la tierra de mi infancia” (Conde, 1986b: 116). La memoria es un elemento fundamental del viaje, como ha apuntado Almarcegui, pues “almacena información proveniente de los cinco sentidos, que prolongan la duración de la estimulación de la experiencia” (2019: 41). Sin embargo, hacía cuarenta y cinco años que Carmen Conde había abandonado África y sabía, desde hacía tiempo, que aquella ciudad de su memoria y que ella recordaba solo de su niñez no sería la misma que se iba a encontrar (1955: XI). En el prólogo de *Empezando la vida* la autora reflexiona sobre cómo habían cambiado las cosas:

la calle General Chacel ha tenido dos o tres nombres distintos, por lo menos; y tú misma viste levantarse los edificios que forman las primeras esquinas de dicha calle, con inquilinos que ya no existirán (Conde, 1955: XI).

Esta vez el viaje fue en avión, vía Madrid-Málaga, salió a las 12:15 de Madrid y hasta las cinco de la tarde no pisó Melilla (Conde, 1986b: 116). Carmen iba por trabajo. Se le habían encomendado dos conferencias que tituló “Unamuno poeta” y “Las hermanas Brontë”. Pero ella lo que quería realmente era volver a recorrer la ciudad; anhelaba la peregrinación por las calles que admitió haber reconocido y localizado “como si no me hubiera ido de aquí [...] Melilla es la misma y yo la he recuperado como si tal cosa” (Conde, 1986b: 116).

La escritora se hospedó en el hotel Rusadir. Recuerda que fue en la habitación número tres. De hecho, inmortaliza en sus memorias de 1986 todo con especial minuciosidad, asegurando que recorrer la ciudad fue, para ella, algo superior a otros viajes que hubiera realizado. Con seguridad había realizado muchos: “No puedo explicar cómo hay para mí más belleza en este revivificar mi infancia, que recuperar Venecia” (Conde, 1986b: 116).

Los días que estuvo en Melilla fueron importantes para ella y le permitieron darse cuenta de que, en efecto, todo seguía igual, aunque también, y paradójicamente, todo había cambiado. Admite que anduvo “emocionada, sola, por aquel barrio de mi niñez un tiempo”, pero que ya no era “una ciudad como aquella. Llena de soldados, pocos moros y moras que mezclan sus ropas con las nuestras” (Conde, 1986b: 117). Carmen se tuvo que enfrentar a la realidad que desbarataba sus espejismos melillenses fraguados al calor de la fantasía de una niña y cautivos del territorio de las nostalgias y los sueños de la mujer adulta.

Carmen volvió a Melilla en alguna ocasión más. Se tiene constancia, por ejemplo, de que en 1986 le propusieron dar una conferencia en la Cámara de Comercio de Melilla, con motivo de la apertura del curso académico. La tituló “Nostalgia de Melilla”, tal y como recoge el diario local *Melilla Hoy* en su edición del 5 de octubre de 1986. Fue durante este viaje cuando se le pidió que permitiera la reedición de sus memorias con cambio de título (Sánchez Suárez, 2004: 32). Ella aceptó, la UNED las reeditó en 1991.

Además de desplazarse a Melilla a lo largo de su vida, también Melilla se desplazó a su obra de manera recurrente. Aseguran, tanto quienes la conocieron como algunos de sus estudiosos, que “no se puede entender la obra de Carmen Conde sin Melilla” (Soler, 2011). Ni tampoco Melilla sin Carmen Conde. De hecho, es la única mujer que incluyen entre sus personajes ilustres vinculados a la ciudad en la *Guía para descubrir Melilla* (2003) de la Dirección Provincial del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte de Melilla. La influencia de esta geografía literaria en la obra de Conde es palpable, no solo en las memorias de su infancia, sino también, por ejemplo, en *Júbilos. Poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos* (1934), con prólogo de Gabriela Mistral y dibujos de Norah Borges. En este libro aparecen algunas de sus amigas de Melilla como Freja o Masanto (“Niñas moras”) que retomaría más tarde en sus memorias. También *Por el camino viendo sus orillas* (1986) tres volúmenes de diversa composición —artículos, poemas y cartas, principalmente— en los que repasa toda su vida, de modo que vuelve a mencionar su época melillense.

Y por su amor a Melilla, y su convivencia allí con niñas de otras culturas con las que mantuvo amistad a lo largo del tiempo (Gutiérrez-Vega y Gazarian-Gautier, 1992: 17) es por lo que se hizo extensiva su atracción hacia lo árabe en general: “los árabes estuvieron muchos siglos en España, y han dejado ciudades y arte maravillosos” (Gutiérrez-Vega y

Gazarian-Gautier, 1992: 17) y, también, hacia lo marroquí en particular. Fue manifiesto su apoyo, por ejemplo, y tanto moral como factual, a un grupo de artistas españoles en Marruecos encabezado por la escritora alicantina Trina Mercader¹³. La principal propuesta fue la revista literaria *Al-Motamid. Verso y prosa* (1947-1956) que nació con el interés de mostrar la cultura viva de Marruecos tanto en español como en árabe. Cuenta Trina Mercader, fundadora y directora de la revista, que Carmen Conde apoyó desde el principio la iniciativa y que en una de sus cartas aseguró que *Al-Motamid* no debía “querer ser como las demás revistas. Su rareza se apoyará en su marroquismo. ‘Al-Motamid’ será muy interesante si procura sostenerse ‘hacia fuera’”. Es decir, si su ritmo, sus colaboraciones, su ambiente son siempre lo más marroquí posible” (Citado por Mercader, 1981: 77). La propia Carmen Conde colaboró activamente en la revista y publicó en ella en repetidas ocasiones, como en el número dos, abril de 1947: “Tres poemas al Mar Cantábrico”; el número seis, “La primera flor”, o el número veintisiete, en febrero de 1954, “Reafirmación”. Dice Carmen Conde:

Al-Motamid y sus poetas son una realidad transida de ensueño. Cuando llega a mis manos, que la esperan siempre, yo conecto con lo mejor de mis años, cuando estaba aprendiendo a soñar para que después no me pesara tanto la vida encima...
(citado por Ágreda Burillo, 2017)

En 1954 *Al-Motamid* auspicia una colección de libros, *Itimad*, donde solo aparecerían temas y autores relacionados con Marruecos. Era una manera de tender un puente cultural entre la literatura de las dos orillas del Mediterráneo. Es ahí donde Carmen Conde publica, en el volumen número dos y acompañado de ilustraciones de Antonio Salas, su libro de memorias melillense *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920*¹⁴.

¹³ Carmen Conde colaboró activamente con las iniciativas de Trina Mercader. Queda constancia de ello en sus múltiples cartas, una correspondencia que se custodia junto con el resto del extenso fondo documental de Mercader en la Fundación Jorge Guillén.

¹⁴ Cuatro volúmenes componen esta colección: *El árbol de fuego* (1954) de Mohamed Sabbag; *Empezando la vida: memorias de una infancia en Marruecos (1914-1920)* (1955) de Carmen Conde; *Tiempo a salvo* (1956) de Trina Mercader y *La escuela sirio-americana* (1956) de Pedro Martínez Montávez.

3. UNA PROPUESTA LITERARIA PARA TRABAJAR LA INTERCULTURALIDAD EN EL AULA DE LENGUA CASTELLANA Y LITERATURA DE ESO Y BACHILLERATO.

La diversidad religioso-cultural en particular, aunque toda la diversidad en general, ciertamente, se trata tradicionalmente de forma ineficaz en la literatura española y esto impregna la práctica educativa¹⁵. Al igual que los estudios de género mediante sus muchos análisis críticos han demostrado que se estudian más autores que autoras, evidenciando de esta manera la perpetuación en las aulas de visiones partidistas y patriarcales, también sucede lo mismo en la elección de historias con personajes musulmanes o judíos. Por supuesto, en las últimas décadas, estamos presenciando una narrativa que refleja con mayor factualidad protagonistas pertenecientes a otros contextos culturales, pero la realidad es que, hasta hace apenas nada, esta representación de la diversidad cultural en la literatura española estaba condenada a personajes secundarios, faltos de profundidad y, en demasiadas ocasiones, condenados a la estereotipia. Ahora bien, una de las finalidades de la didáctica de la literatura, además de formar un lectorado competencial, es orientar su formación literaria hacia el cuestionamiento crítico para, de esta manera, trabajar de manera transversal la educación en valores (Colomer, 1999; Mendoza, 2004). Todo ello en sus múltiples aristas, como la igualdad de género, la educación cívica, la convivencia, la paz, la solidaridad o la interculturalidad. Esto lo han respaldado, de forma paralela, diversos marcos legales del sistema educativo español que demandan que su profesorado esté formado en esta necesaria perspectiva ética y así poder asegurar la puesta en práctica de este enfoque en sus clases (Rico y Molina, 2012).

Como hemos comprobado en *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920*, de Carmen Conde, tenemos en la literatura española referentes no inminentemente cercanos que demuestran una genealogía literaria provechosa a favor de esta perspectiva intercultural que no siempre se ha tenido en cuenta en las unidades didácticas. El profesorado que aboga por este enfoque en sus clases de Lengua Castellana y Literatura, y que quiere desarrollar entre su alumnado una aptitud y una actitud descentralizadas respecto al etnocentrismo, suele

¹⁵ Por supuesto, hay propuestas narrativas acertadas a este respecto, pero no suele ser lo habitual. Sirva de ejemplo Romero Morales (2019), un estudio anterior sobre la estereotipia de la literatura española sobre Marruecos durante el siglo XX.

recurrir a textos recientes que cubren el vacío de los, hasta ahora, considerados discursos de otras culturas marginales/marginados¹⁶. No obstante, es importante que tanto el profesorado como el alumnado tenga conocimiento de que, aunque pocos, hay referentes anteriores que merecen ser tenidos en cuenta y que no se parte de cero. La lectura de estas memorias de Carmen Conde, justamente, ofrece referentes de identificación más amplios, alternativos y, sobre todo, necesarios para colaborar en el conocimiento, tanto individual como colectivo, de nuestra sociedad intercultural actual. Por supuesto, escribir sobre la otredad es un proceso muy complicado, máxime si se quiere reflejar *bien* la diferencia y sortear los estereotipos habituales o la apropiación cultural y, claro está, no siempre la autora lo ha conseguido¹⁷. Pero el resultado es más que aceptable en su interés por conocer lo desconocido mediante el encuentro (Acquaroni, 2011). Conde conoció de primera mano la realidad melillense que relata y, además, tenía interés y curiosidad por el mundo que la rodeaba, por lo que su experiencia vivida en África la aleja en casi todo momento de la acostumbrada caricaturización homogeneizada a la que se suelen condensar las personas de contextos culturales diferentes. Por todo ello, su obra literaria, como tantas otras que deben ser puestas en valor en una necesaria revisión crítica del canon literario, invita a la interactividad entre culturas como proceso de enriquecimiento mutuo donde, además, y como han advertido autores como Francisco de Oliveira, se pueden hallar contextos interculturales sin subordinación jerárquica (2010).

La innovación didáctica debe proponer nuevas metodologías que favorezcan el aprendizaje significativo del alumnado y el fomento del pensamiento crítico. El acercamiento a textos literarios desde una perspectiva intercultural, en opinión de Leibrandt, reduce prejuicios, estereotipos y actitudes discriminatorias (2006), lo que demuestra, una vez más, la utilidad práctica que tiene la literatura frente al argumento habitual

¹⁶ Muchas veces recurriendo a literatura en español escrita en España por personas migradas o exiliadas —a veces incluso nacidas en España— como podrían ser las obras de Najat el Hachmi (Marruecos, 1979), Margaryta Yakovenko (Ucrania, 1992), Karina Sainz Borgo (Venezuela, 1982), Quan Zhou Wu (Algeciras, 1989) o Said El Kadaoui (Marruecos, 1975).

¹⁷ Por supuesto, nunca llega a ocupar el espacio dialógico de otras voces femeninas más autorizadas como podrían ser, por ejemplo, escritoras norteafricanas hablando por sí mismas y de su propio contexto. Las hay, incluso, que escogen el español como lengua literaria. Me refiero a autoras como Simy Zarrad Chocrón, Rachida Gharrafi o las conocidísimas Laila Karrouch o Najat El Hachmi.

que la condena a la teoricidad sin relación directa con los hechos cotidianos que nos afectan como sociedad. Esto es un argumento más en favor de la aplicabilidad en el aula de Lengua Castellana y Literatura de experiencias como la de Carmen Conde. Su consolidación literaria en forma de memorias y la influencia de Melilla en el resto de su vida y obra es una clara apuesta por una didáctica eficaz para trabajar la literatura desde una perspectiva intercultural. Porque, por supuesto, es importante deconstruir los textos, como propusiera Derrida (1989), pero, también, es vital poner el foco de atención en todos aquellos que ya acercaban posturas en tiempos menos propicios como el que vivió Conde. Algo que, sumado a la imperiosa necesidad actual, donde el número de personas musulmanas residentes en España, según el Estudio Demográfico de la Población Musulmana elaborado por la UCIDE, ha superado por primera vez los dos millones, hace que no solo haya musulmanes en las calles, en los centros de salud o en los diversos centros de trabajo, sino que también haya musulmanes en los pupitres de nuestras aulas.

Acercar al alumnado a este tipo de textos, por tanto, se posiciona a favor de una educación en valores en contextos de diversidad, así como de una didáctica inclusiva y aperturista en la que todos y todas cuentan con modelos de identificación, atiende a sus singularidades y en la que, además, se trabajan los prejuicios en el aula hacia una otredad cercana pero no siempre conocida.

CONCLUSIONES

Qué duda cabe de que *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920* de Carmen Conde Abellán no se aparta del todo del discurso colonial hegemónico que denunciara Edward W. Said, principalmente en su obra *Orientalismo* (1978). Sus memorias, escritas en su edad adulta y basadas en los recuerdos de su niñez, describen algunas veces aquello que le resultaba extraño o atípico desde sus propios referentes culturales construidos desde la diferencia. Una jerarquía de subjetividades que en ocasiones colocaba a España, a lo español conocido en su Cartagena natal, por encima de lo conocido en Melilla, lo africano. Conde, por tanto, en alguna ocasión juzga lo observado desde fuera, convirtiéndose en espectadora de una realidad de la que no siempre participa por sentirse “forastera”, perteneciente a otra cultura, a otra clase y, por su arraigado catolicismo heredado de su madre, también a otra religión. No sirven sus memorias para desmontar, por tanto, todos los

cansados tópicos de los que los “occidentales” se valen para mirar el continente africano. Sin embargo, también se debe reconocer que la estancia de la escritora en Melilla no le fue indiferente. La separación de su tierra natal conllevó una toma de conciencia de la distancia de esta y, en consecuencia, de ella misma. Volvió a España con sus referentes culturales alterados, lo africano generó conocimiento empírico en ella y la influyó el resto de su vida como hemos podido comprobar. Su narrativa, con un marcado sentimiento de paraíso perdido y a través de múltiples estampas —tal vez algunas idealizadas se debe reconocer— transmite esa dualidad, esa concepción de la diferencia, del contraste, pero, también, del inevitable reconocimiento de las muchas semejanzas. Por todo ello, al igual que lo consideró García Ramón en la análoga literatura de viajes de mujeres europeas al mundo árabe, no se debe considerar este tipo de discursos orientalistas “en términos de una polaridad de posturas [...] sino, más bien a partir de una concepción más abierta que admite que podían darse actitudes ambiguas y ambivalentes” (2002: 109). Es evidente que viajar influye en el pensamiento, en la identidad y en los vínculos que establece con su entorno la persona que viaja. Gracias a su salida de Cartagena, al traslado a África, a su llegada a Melilla y a su regreso a la Península cinco años después, los elementos desconocidos para Carmen Conde se volvieron conocidos y en ella se conformó un orden diferente del que tenía cuando partió de su lugar de origen.

Como ha quedado expuesto, de todo ello se puede beneficiar el profesorado en sus clases de Lengua Castellana y Literatura. *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos 1914-1920* de Carmen Conde supone una oportunidad eficaz para acercar al alumnado a una realidad diferente sin moverse de su pupitre en el aula. De ahí que se haga necesaria una revisión crítica del canon literario de la literatura española para recuperar obras que, como esta, invitan a la interactividad entre culturas como parte de un proceso de enriquecimiento mutuo y que, al tiempo, permiten trabajar la educación literaria desde una perspectiva intercultural.

FINANCIACIÓN

Esta investigación no recibió ninguna financiación externa.

BIBLIOGRAFÍA

Acquaroni Muñoz, Rosana (2011), “Metáfora y poesía como instrumentos para la comunicación intercultural en el aula de ELE: la conceptualización de la tristeza y de la alegría a través de un poema de Miguel Hernández” en *IV Congreso Internacional: La enseñanza del español en un mundo intercultural*, Jornadas pedagógicas, Santiago de Compostela.

Ágreda Burillo, Fernando (2011), “Desde Majadahonda: Carmen Conde (con Trina Mercader al fondo) en Marruecos” en *Majadahondamagazin.es* <https://majadahondamagazin.es/desde-majadahonda-carmen-conde-trina-mercader-al-fondo-valente-marruecos-83796> (02/01/2022).

Almarcegui, Patricia (2019), *El mito del viaje. Estética y cultura viajeras*, Madrid, Fórcola Ediciones.

Anzaldúa, Gloria (1987), *Borderlands/La Frontera*, trad. de Carmen Valle, San Francisco, Aunt Lute Books.

Balló, Tània (2016), *Las sinsombrero: Sin ellas, la historia no está completa*, Madrid, Espasa.

Barastegui, Joaquina (2020), Las mujeres de la Generación del 27, *Diario de Cádiz*.

Bhabha, Homi K. (1994), *The Location of Culture*, London, Routledge.

Colomer, Teresa (1999), La enseñanza de la literatura como construcción del sentido. *Lectura y Vida*, 22, pp. 2-19.

Conde, Conde (1955), *Empezando la vida. Memorias de una infancia en Marruecos*, Tetuán, Al-Motamid.

Conde, Conde (1986a), *Por el camino, viendo sus orillas I*, Barcelona, Plaza & Janés.

Conde, Conde (1986b), *Por el camino, viendo sus orillas III*, Barcelona, Plaza & Janés.

Derrida, Jacques (1989), *La escritura y la diferencia*, trad. Patricio Peñalver, Barcelona, Anthropos.

Diez de Revenga, Francisco Javier coord. (2007), *Carmen Conde, voluntad creadora: (1907-1996)*. Murcia, Ministerio de Cultura.

Ferris, José Luis (2007), *Carmen Conde. Vida, pasión y verso de una escritora olvidada*, Madrid, Temas de hoy.

Francisco de Oliveira, Marta (2010), “Literatura y multiculturas en las clases de español como lengua extranjera en Brasil” en *Revista Rascunhos Culturais*, 1, pp. 47-53.

García Ramón, María Dolors (2002), “Viajeras europeas en el mundo árabe: un análisis desde la geografía feminista y poscolonial” en *Documents d’Anàlisi Geogràfica*, 40, pp. 105-30.

Gutiérrez-Vega, Zenaida y Gazarian-Gautier, Marie Lise (1992), *Carmen Conde. De viva voz*, New York, Senda Nueva Ediciones.

Hoyos Ragel, María del Carmen (2015), *Melilla y la poesía española desde 1900*, Madrid, UNED.

Mainer, José Carlos (1983), *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Madrid, Ediciones Cátedra.

Mendoza Fillola, Antonio (2004), *La educación literaria. Bases para la formación de la competencia lecto-literaria*, Málaga, Aljibe.

Mercader, Trina (1981), Al-Motamid e Itimad: una experiencia de convivencia cultural en Marruecos. *Revista de la Comisión Española de Cooperación con la UNESCO*, 25, pp. 76-81.

Mistral, Gabriela (1979), Prólogo a *Júbilos: poemas de niños, rosas, animales, máquinas y vientos*, 1934. *Obra poética de Carmen Conde (1929-1966)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Nussbaum, Martha (2010), *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*, Madrid, Katz Editores.

Leed, Eric J. (1991), *The Mind of the Traveler. From Gilgamesh to Global Tourism*, London, Basic Book.

Leibrandt, Isabella (2006), “El aprendizaje intercultural a través de la literatura”. *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, Universidad Complutense de Madrid.

León, Encarna (2014), *Memoria y pluma: itinerario poético por Melilla la Vieja*, Ciudad Autónoma de Melilla, Melilla.

Pratt, Mary Louise (1992), *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Fondo de Cultura Económica, Madrid

Rico Martín, Ana María y Molina-García, María José (2012), “La educación intercultural en el área de Lengua Castellana y Literatura”. En Alemany Arrebola, Inmaculada; Jiménez Jiménez, María Ángeles y Sánchez Fernández, Sebastián (coord.), *Formación del profesorado para la diversidad cultural*, Madrid, La Muralla.

Romero Morales, Yasmina (2019), *Moras. Imaginarios de género y alteridad en la narrativa española femenina del siglo XX*, Madrid, Plaza y Valdés.

Sánchez Suárez, M.ª Ángeles (2004), *Mujeres en Melilla*, Granada, Grupo Editorial Universitario.

Soler, Eduardo (2011, 23 de mayo), “No se puede entender la obra de Carmen Conde sin Melilla”. *El Faro de Melilla*, <https://elfarodemelilla.es/no-se-puede-entender-la-obra-de-carmen-conde-sin-melilla/> (02/01/2022).